



REVISTA MEXICANA DE ORIENTACIÓN EDUCATIVA

Volumen 15 número 34 enero-junio 2017, pag 1-9.

El nuevo ciclo escolar

Autor. Rodolfo Calzada Alfaro

Mis alumnos no me creen cuando platico que de joven era indisciplinado. Qué risa les daría si confesara que en sexto semestre intenté besar a la maestra de Lectura y Análisis de Textos. No sé si las personas se acuerdan de lo que hicieron en el bachillerato. En mi caso, aún recuerdo que al final de esa etapa tracé mis primeros pincelazos de poesía. La maestra Juana Epifania de Taller de Comunicación se impresionó y me puso diez cuando pedí que diera el visto bueno a mis poemas. También fui bueno en Teoría de la Historia. Era el único del salón que lograba entender un poco *El Manifiesto del Partido Comunista*.

Lo empecé a leer por cuenta propia. Jesús dijo que lo intentara entender, según él era importante. Acababa de cumplir dieciocho años. Estaba a unos meses de entrar a la universidad. Me sentía adulto. Disfrutaba de mi estancia todos los viernes por la tarde en el escondite de Don Juan. Era un lugar clandestino. Lo conocí por Jesús, mi hermano mayor. Él me llevó. Era un bar oscuro, tenía pocas sillas. Llegué ahí un viernes por la tarde buscando refugio en el alcohol. Cargaba con una pena que había destrozado mi vida. Y a todas

luzes era visible, al grado que Don Juan intuyó la tristeza delirante en mi mirada, y enseguida acudió a ayudarme «Las primeras dos corren por mi cuenta», dijo. Aunque había mucha gente, mi desgracia y ese recuerdo enmarcaban mi soledad.

Una hora después llegó Rodrigo Báez. Se sentó a la izquierda. Lo primero que hizo fue preguntar por mi hermano. Le contesté que había dejado el alcohol y que ahora estaba trabajando. Al instante agarró con la mano izquierda la caguama que había destapado y con la mano derecha tomó un tarro que había sobre la mesa y lo llenó de cerveza. «A la salud de tu hermano». «A su salud», dije y brindamos. Se inició una conversación. No hice caso a sus palabras. Bebí el tarro que ofreció y ordené una cubeta de doce cervezas de seiscientos mililitros. Bebí de manera compulsiva y comencé a recordar lo que había pasado con Graciela esa mañana.

Al término de clase de Teoría de la Historia. Miré alrededor, no había mucha gente en el salón. «Lo tengo que hacer hoy», exclamé. Lentamente me levanté y me dirigí a su pupitre. Ella guardaba la libreta y sus bolígrafos. Me detuve frente a ella y paulatinamente puse mi mano sobre su hombro derecho. Alzó la mirada. Colocó su vista sobre mí y en ese momento le expresé entre tierno y nervioso: «Estoy enamorado de ti, te quiero.» Graciela enseguida contestó: «No saldré con ningún chico hasta que acabe el Colegio e ingrese a la universidad. No quiero que me molestes.» Me alejó la mano de su hombro derecho. Tomó su mochila, y se marchó.

Continué recordando la escena de desprecio. Rodrigo compró más cervezas. No hablamos. Bebimos. Nos embriagamos en dos horas. Y en medio de la atmósfera de borrachos. Confesé todo a Rodrigo.

-Los hechos ya ocurrieron, mejor olvídala viejo. Dijo

El agua salada comenzó a deslizarse sobre mis mejillas.

-Invito otras dos, si quieres llorar hazlo Tonatiuh, saca lo que tienes dentro.

- ¿Qué me recomiendas hacer Rodrigo?

Deja a la chica de lado, no sé qué haya pasado con ella, pero mejor aprovecha tu educación. El pueblo de México con sus impuestos paga tus estudios y te brinda esta gran oportunidad. Aprovéchala.

Agarré la cerveza. Le di el último trago y respondí: «¡Eres un imbécil! Qué tipo de consejos das. Te pregunté qué hacer con Graciela no con mi educación.» Cuando dije eso, él trató de guardar silencio, pero con el calor de las copas respondió: «El imbécil eres tú. Te apuesto que no sabes cuánto se destina del producto interno bruto de nuestro país a la educación y tú que tienes escuela no entras a clase porque una chica te rechazó. Ja-ja-ja-ja.» Me molestó que él dijera eso, pero no respondí nada porque era amigo de Jesús desde que eran pequeños y le guardaba mucho respeto.

Guardé silencio. Intenté conversar con Rodrigo de manera natural, pero no pude sacar de mi mente los escrupulosos consejos que manifestó y me marché sin despedirme. Buscaba una dosis de tranquilidad y creí que la hallaría en mi hogar. Minutos después de entrar a casa sentí mareos. La cerveza había subido a mi cabeza. Me instalé en mi recámara. Hice lo que nunca había hecho. Coloqué un disco de *José José* de mi abuelo en el tocadiscos y comencé a cantar la canción de *amar y querer* con gran dolor y una delirante tristeza.

Graciela estaba en mi mente y el paisaje donde alejaba mi mano de su hombro y se marchaba retumbaba en mi cerebro. Repetí la misma canción durante media hora. Lloré medio litro de lágrimas. Me di cuenta que Graciela había sido un rotundo fracaso, que jamás construiría una escena de amor en mi horizonte con ella. Bajé volumen al tocadiscos. Reflexioné las palabras de Rodrigo y concluí que era tiempo de continuar con mi vida académica y aprovechar la oportunidad que según él, me brindaba el pueblo de México.

Al otro día el frío era fuerte, servía para hacer sentir mal a alguien que había bebido más de la cuenta. La entrada del Colegio de Ciencias y Humanidades estaba colmada de luz. Entré al salón después de estar ausente durante cuatro días por lo sucedido.

Graciela se encontraba tres butacas detrás de mi. Ella me vio de reojo. Y dijo: «Hola. Qué milagro tú. ¿Dónde andabas?». Su voz era suave, y llena de fragilidad, pero a la vez segura. «Estaba un poco enfermo.» Contesté con una voz nerviosa que parecía quebrarse. «La Maestra de Teoría de la Historia pidió licencia, ya no dará clase. Hay un nuevo profesor. Dejó de tarea una lectura de un libro. Dijo que iba a preguntar hoy sobre el capítulo uno y dos. ¿Leíste?», «No. No leí.» Respondí. Mientras observaba el mar que se refugiaba en sus bellos ojitos y el bonito listón azul que recogía sus cabellos. «Ten el libro, consulta el capítulo uno y dos.» Al escuchar su voz, por un momento fui preso

del deseo de repetir la imagen de aquella tarde, sin importar que volviera a empujar mi mano de su hombro, pero decidí no hacerlo.

«Ahí está, lee. El nuevo maestro, es muy estricto, te meterás en problemas sino sabes de qué trata la lectura», «¿Es exigente?» Pregunté, con la intención de mantener el diálogo. Pero no debí haber forzado la conversación. Después de esa última pregunta, ella contestó: «Sí, es exigente, joven y muy guapo. Me gusta.» Al escuchar su respuesta sentí un garrotazo en el corazón. Agaché la mirada, me aguanté el llanto, y en medio de una gran nostalgia dije a Graciela: «Comenzaré a leer entonces.»

Después de lo que escuché, estaba inquieto y no pude concentrarme. Sentí que me volvía loco. Corroboré que ella nunca me miraría, de la misma manera en que mis ojos la miraban.

Inmiscuí mi vista en las páginas disimulando que leía. De mis retinas cristalinas, se derramaron por mis mejillas dos gotitas de agua que cayeron sobre las hojas y humedecieron las letras de la lectura. Saqué una servilleta que traía en el bolsillo derecho. Limpié mis pomulos chapeados e intenté evitar que mis pupilas continuaran quejándose de mi dolor.

En clase se burlarían si lograban captar que estaba quebrado en dos. De lo contrario hubiese continuado llorando. El maestro entró. Renata se encontraba detrás de mi. Me tocó el hombro izquierdo y dijo: «Pssss, psssss. ¡Oye!. Menso volteá. Dame el libro de Graciela, el profe llegó y ella lo necesita.» Sin responder nada cerré el libro y lo entregué a Renata.

El maestro no rebasaba los treinta años. Era un joven varonil, lleno de frescura y con una fuerte voz. Cuando comenzó a colocar el tema de la clase en el pizarrón Renata aventó un silbido en forma de elogio al profesor. Él no dijo nada y escribió en la pizarra el objetivo de la clase y el aprendizaje que debíamos adquirir en plenaria. Me levanté de manera cautelosa. A modo que nadie se diera cuenta que había llorado. Me dirigí al baño. Abrí la llave del fregadero, acumulé un chorrillo de agua sobre mis palmas, y deje que sobrepasaran mis parpados. Intenté controlarme y por fin pude contener mis enormes deseos de llorar. Regresé al salón. La clase había comenzado.

Cada uno de ustedes menciona un número uno, dos, tres... de manera consecutiva y recuerda el número que le tocó. Vean el movimiento que hago con las manos. Al decir uno tocan las rodillas con las manos, enseguida mencionan el número dos y dan un aplauso, después dicen tres y truenan los dedos con la mano derecha y por último cuentan cuatro y truenan los dedos con la mano izquierda. Repitan los movimientos con las manos y dejen de contar. Únicamente realicen los movimientos mencionados de manera corporal. Otra vez. uno, dos, tres, cuatro. Ahora sin contar.

Han identificado los movimientos. Hagamos lo siguiente: Con la mano derecha después de tronar los dedos menciono mi número, es decir si me tocó el número tres, digo «tres» y enseguida con la mano izquierda digo otro número «diez» y el compañero al que le tocó el número diez debe de repetir el procedimiento descrito. La persona que se equivoca participa y da respuesta a la pregunta que yo formule en relación a la lectura que dejé de tarea. Iniciamos.

Me encontraba realizando la secuencia de manos y más tranquilo. El maestro era el número treinta y tres. Con la mano derecha tronó los dedos y dijo: «treinta y tres.» Cuando terminó de tronar los dedos de la mano izquierda grito «veintiocho.» Enseguida Carlos que era el veintiocho repitió los movimientos. Con la mano derecha tronó sus dedos, gritó «veintiocho», y después de tronar los dedos de la izquierda, dijo: «catorce.» Renata era el número catorce. Ella fue la primera persona en equivocarse. Los aplausos terminaron y el maestro formuló la primera pregunta.

-Renata explica por qué la Historia es un concepto polisémico. Ella no había leído el texto. El maestro anotó su nombre en la lista. Y le indicó que al final le daría un tema para exponer la próxima clase. Comenzamos de nueva cuenta el ejercicio, repetimos tres veces los movimientos hasta que Citlali se equivocó. Ella había leído la lectura y se notaba segura de sí misma.

-Citlali explica por qué la Historia es un concepto polisémico y cuál es el planteamiento del autor acerca de la Historia.

-La Historia es un concepto polisémico porque tiene muchos significados y diferentes modos de interpretarla, y el autor plantea que desde la interpretación del Materialismo Histórico, la Historia debe ser entendida a partir de los modos de producción que se han establecido en cada sociedad en diferentes periodos históricos-. Él maestro pidió que diéramos un aplauso a nuestra compañera por su excelente participación. Le preguntó su apellido y colocó con su sello en su cuaderno cinco participaciones.

Continuamos con el ejercicio de manos y el segundo en equivocarme fui yo. El maestro me preguntó por qué no había asistido a clase. Le respondí que estaba un poco enfermo. Enseguida lanzó la pregunta.

- ¿Para qué sirve una educación Histórica en tu contexto inmediato?

-. Me quedé callado. Empecé a sudar. Iba a contestar pero Fabian levantó la mano. Y el Profesor le dio la participación.

-Maestro la educación Histórica sirve en mí contexto inmediato como una herramienta que me permite adquirir saberes, conocimientos y experiencias del pasado, con el objetivo de que yo pueda conocer e interpretar la vida en sociedad y su Historia-. Cuando escuché la respuesta de manera mecánica me tomé el atrevimiento de refutar a Fabian. -Marx no estaría de acuerdo en eso, para él la historia no únicamente sirve para conocerse o interpretarse, sino que debe transformarse-. Todos se quedaron callados, me observaron, y el maestro me preguntó dónde había obtenido ese dato. Contesté que lo había leído de un libro de Marx.

Después dijo: 5- La educación histórica proporciona al hombre conocimientos, saberes y hechos con el objeto de conocer nuestro pasado, sus problemas, su cultura, la vida en sociedad y su Historia, pero no únicamente debemos conocer o interpretar nuestra Historia, sino como afirmó Marx debemos transformarla. Coincido contigo Tonatiuh. Lo único que agregaría es que asimismo en nuestra actualidad la Historia debe ser una herramienta que debe servir para desarrollar conciencia crítica, la solidaridad y cooperación entre las personas.

El maestro continuó hablando: -El objetivo de la clase es que ustedes aprendan y entiendan a la Historia como un concepto polisémico, que identifiquen que para la interpretación del Materialismo Histórico, la Historia debe ser entendida a partir de los modos de producción y asimismo que vean en la educación histórica una herramienta de transformación social. Todo esto, está redactado en el capítulo uno y dos, que dejé leer, y es lo que hasta el momento se ha comentado en clase. La próxima sesión hablaremos de los conceptos: modo de producción, y medio de producción, y de la diferencia que existe en ambos. A continuación les voy a entregar un material impreso que preparé para esta sesión con los conceptos clave de la lectura: Polisemia de la Historia, Materialismo Histórico, Modo de producción, Pragmatismo de la Historia. Cabe hacer mención que las definiciones, las redacté en desorden, por lo que ustedes deben dar coherencia a los conceptos, para identificar de manera teórica todo lo que hemos mencionado en clase.

El maestro entregó el material impreso...

Estaba tratando de responder los ejercicios. Cuando Graciela se acercó a mi pupitre y dijo: «Quiero que me hagas un favor. El día lunes de la semana que no llegaste a clase, el maestro indicó que había posibilidad de exentar el examen con un ensayo. El trabajo se debe elaborar una vez que se realice la lectura del *Manifiesto del Partido Comunista*. Y el favor que quiero que me hagas tiene que ver con el ensayo. Necesito que redactes uno para mí. No quiero hacer la prueba. Las lecturas que dejaste son muy complicadas. Y la verdad los capítulos que leí para el día de hoy no los entendí, seguro tú no quieres que se me complique la vida ¿Cierto?», «No Graciela, no quiero eso para ti», «Eres un amor Tonatiuh. Espera al final y pregunta por las características de ese ensayo.»

El maestro nos observó detenidamente. Graciela al darse cuenta de que era observada por el profesor acudió a su lugar. Estaba pensando en lo que había dicho ella. No podía concentrarme en la actividad, pasaron quince minutos y no había podido terminar de dar coherencia a ninguno de los cuatro ejercicios que había dejado el profesor. Pasaron veinte minutos más y tomé la decisión de quedarme al final para atender la petición que Graciela había hecho.

A unos minutos de concluir la sesión el profesor dio indicaciones de manera general para que el salón quedará limpio y por último finalizó la clase al decir que debíamos leer de tarea la mitad del capítulo tres y concluir el ejercicio. «Descansen, nos vemos el miércoles.» Dijo. Todos se levantaron, comenzaron a salir. Esperaba que Graciela se acercara y se despidiera de mi, pero cuando pasó a un lado mío me ignoró totalmente. Me levanté, y corrí detrás de ella. La alcancé y recuerdo después de tantos años claramente lo que le dije:

«Graciela estoy muy enamorado de ti», «y qué te hace suponer que estás enamorado de mí?», «todo», «y qué es todo Tonatiuh», «no lo sé Graciela», «y si no lo sabes, entonces ¿cómo puedes afirmar eso?», «no lo sé simplemente sé que estoy absolutamente enamorado de ti», «Tonatiuh escucha el amor no existe», «claro que existe Graciela», «si existe entonces defínelo», «Graciela, el amor es... este sentimiento que tengo por ti. Es poder interpretar el azul de mar de tus ojos, y su pureza, ver en ellos el admirable cielo del que se nutren. Es ahogarme en tu mirada de mar cada vez que te miro... y esperar que algún día me mires de la misma manera en que te miro. Eso es el amor Graciela.»

Por un momento en la penumbra de los ojos cristalinos de Graciela, brilló una luz. Sin embargo ese escenario se desvaneció cuando en el paisaje que había construido ella dijo: «Lo siento Tonatiuh. Lo que dices es muy bonito, pero estoy embarazada.»

Después apareció su novio y le gritó: «Graciela ya vamos.» Rápidamente quitó su vista de mi rostro, sonrió y dijo: «Te encargo ese trabajo. Luego nos vemos porque me están esperando.»

Se marchó de manera paulatina. Enseguida las lágrimas saladas se hicieron visibles en mis ojos. Entré al salón y el maestro dijo: «No llores. El comportamiento de esa chica es previsible, porque se ajusta a un parámetro. A ella le gustan los machos y tú no eres un macho, eres un poeta. Discúlpame por haber escuchado, lo que dijiste fue muy bonito, pero ella no lo valora, no merece tus lágrimas», «Maestro pero usted no sabe lo que siento por ella. Jamás podré descifrar con ninguna tinta lo que ella simboliza para mí. Es difícil que la vida sea de esta manera, es la única mujer que ha provocado que mis ojos ardan así. Sus ojos para mí son un libro que quisiera leer página por página. Pero ella no me lo

permite», «todos a tu edad Tonatiuh vivimos situaciones similares, sé que es doloroso asimilar cuando uno no es correspondido. Porque no escribes esto. Te apuesto lo que quieras, que con el tiempo te costará trabajo recordarlo. Y cuando tengas más de cuarenta años este episodio de tu vida que para ti es tan trágico, te parecerá gracioso.»

Redacté y guardé ese episodio de mi vida por mucho tiempo. Inició un nuevo ciclo escolar. En la clase hay una alumna que se parece mucho a ella. Tiene el mismo nombre, su apellido materno y la misma mirada de mar. Estoy seguro que es su hija. No preguntaré a Graciela por su madre. No quiero que mi alumna se entere que su madre me rechazó. Si ella lo supiera me daría mucha vergüenza. Ahora leo esto y me pregunto por qué actuaba de esa manera.

La prepa terminó, el tiempo pasó, la nostalgia por Graciela se fue, el tiempo borró ese sentimiento. Concluí la universidad. Ahora doy clases en el plantel donde estudié la preparatoria. Estoy soltero, escribo. La tinta de mis cuentos fluye sin esfuerzo. Acomodaré esto y lo estructuraré en forma de cuento. Ante ese sentimiento sólo hay una afirmación; -no estaba enamorado de ella, ahora que lo pienso ella era ególatra y yo tonto, débil y sin protección ante la vida. Fue un error volcarme en el alcohol por Graciela. Lo mejor fue salir de ese sentimiento que me ahogaba.

Quizá algún día Graciela lea esto. Escribo cuentos para mis alumnos, son jóvenes, serán adultos en poco tiempo, trabajarán y tendrán dinero para comprar lo que redacto. Recibiré por mi trabajo narrativo una módica cantidad de centavos que me permitan seguir escribiendo. La mamá de Graciela solicitó el día de hoy una reunión conmigo. Le dije a mi alumna que era mejor atender a su padre. Respondió que no tiene. Faltaré mañana al trabajo.

No quiero verla.